

# FIGURAS

## ENRIQUE DE OSSÓ, CATEQUISTA

MERCEDES TORROJA, STJ  
Madrid

### I. QUIÉN ERA ENRIQUE DE OSSÓ

El día 16 de octubre nació en Vinebre, pequeño pueblo de Tarragona, Enrique de Ossó, tercero de los hijos del labrador Jaime de Ossó y de Micaela Cervelló. Le habían precedido sus hermanos Jaime y Dolores. Su vida transcurrió en una época de grandes convulsiones, tanto en el aspecto político como en el religioso. En la fecha de su nacimiento, España pasaba uno de los momentos difíciles de su historia: la Reina Regenta María Cristina acababa de presentar la renuncia a su cargo y se disponía a abandonar el país. En su lugar quedó un General progresista y anticlerical, Don Baldomero Espartero, que gobernó durante la minoría de edad de Isabel II. Sin embargo, el hecho de haber concluido poco antes la primera guerra carlista y de hallarse Vinebre fuera de los focos de violencia, permitió que la infancia de Enrique fuera tranquila.

En su educación tuvieron gran influencia su abuelo materno, Antonio, hombre de la fe de Abrahán, como escribía más tarde Enrique, y sobre todo su madre. Esta mujer, de honda piedad y de una delicadeza exquisita, tenía una intuición y un deseo, la vocación sacerdotal de su hijo. Pero cuando se lo sugería, el niño contestaba invariablemente: "No, yo quiero ser maestro"<sup>1</sup>. Mientras tanto, el padre, hombre práctico y muy aferrado a los intereses económicos, impuso su voluntad: sus hijos, Jaime y Enrique, serían comerciantes para labrarse un porvenir. Y envió al hijo

---

<sup>1</sup> Cf. M. González Martín, *Don Enrique de Ossó o la fuerza del sacerdocio* (Barcelona, Altés, 1953) 16.

menor, cuando sólo contaba once años, a Quinto de Ebro, donde tenía un comercio Juan de Ossó, tío del niño. Así podría irse familiarizando con su futura profesión. No fueron muchos meses los que allí estuvo Enrique. Una grave enfermedad le obligó a regresar a Vinebre. Después de pasar en su casa una larga temporada, el padre volvió a su anterior proyecto, pero esta vez sería ya en un comercio mayor, la tienda de tejidos que Jaime Ortal tenía en Reus.

Cuando Enrique contaba catorce años, un acontecimiento doloroso le reclamó en Vinebre: su madre se hallaba a las puertas de la muerte. En estos días de angustia, Micaela manifestó por última vez a su hijo el gran deseo que llevaba en el alma: "Enrique, hijo mío ¡qué gozo me daría si fueses sacerdote!" Micaela dejó este mundo el 15 de septiembre de 1854. "Yo estuve presente en su muerte —escribió años más tarde Enrique— y lloré mucho, porque sentí mucho el verme privado de ella. Mas a esto que parece desgracia debo tal vez mi dicha y mi suerte, porque luego me vinieron deseos de ser sacerdote recordando lo que me decía mi buena madre" <sup>2</sup>.

Enrique volvió a su puesto en el comercio de Reus, pero ya por breve tiempo. La semilla de la vocación sacerdotal que Dios había sembrado en su alma por medio de su santa madre estaba germinando. Él, que junto a la delicadeza y finura espiritual de la madre había heredado también el tesón del padre, decidió seguir el camino al que se sentía llamado por Dios. Y un día, después de enviar a su padre una carta de despedida, abandonó Reus y, a pie, huyó a Montserrat para prepararse a los pies de la Virgen a realizar su vocación. Llegó cansado, hambriento, cubierto de harapos, porque en el camino había cambiado sus vestidos por los de un pobre que le pedía limosna. En el Santuario de María hizo una confesión general y oró largamente. Allí le encontró su hermano Jaime. Fiado en la promesa que éste le hizo de apoyar sus deseos, volvió a casa. Por fin se doblegaba la voluntad del padre, que le permitió ingresar en el Seminario <sup>3</sup>.

En Tortosa y Tarragona realizó la carrera sacerdotal. Las vacaciones del verano le permitieron iniciar en Vinebre su doble vocación de sacerdo-

---

<sup>2</sup> E. de Ossó, "Apuntes de las misericordias del Señor", en *Escritos de Enrique de Ossó y Cervelló, fundador de la Compañía de Santa Teresa de Jesús III* (Barcelona, Altés, 1977) 10.

<sup>3</sup> Cf. *ibid.*, 11-12.

te y maestro. Comenzó a manifestarse como un gran catequista: reunía a los niños del pueblo en su propia casa y les enseñaba la doctrina cristiana de un modo accesible a sus mentes infantiles. Alguna vez tenía que escuchar las protestas del padre, al que molestaban los cantos y algazara de la tropa infantil reunida en los bajos de la casa.

El 27 de septiembre de 1867 recibió la ordenación sacerdotal y su obispo le encargó que continuara como profesor de matemáticas del Seminario, cargo que había desempeñado ya el año anterior. Poco después, en septiembre de 1868, estallaba la revolución. El Seminario de Tortosa fue ocupado por los revolucionarios; el 22 de octubre se suprimió el pago de la asignación que percibían los Seminarios Conciliares. La violencia anticlerical se había apoderado de la calle. Por estas causas no pudieron abrirse las clases en el curso 1868-69 y el obispo, Don Benito Vilamitjana, indicó a Enrique de Ossó la conveniencia de que permaneciera ese año en su pueblo natal. En Vinebre, como en sus vacaciones de seminarista, su actividad se centró sobre todo en la catequesis.

En 1869 se pudo reanudar con grandes dificultades la formación sacerdotal en Tortosa, en el propio Palacio episcopal. San Enrique acudió para hacerse cargo de su cátedra del Seminario, entregándose al mismo tiempo a un intenso apostolado. Su obispo le encargó organizar la catequesis en la ciudad. No era tarea fácil: los sacerdotes apenas podían andar por las calles sin exponerse al insulto y quizá a las agresiones, ya que el vendaval revolucionario seguía causando graves dificultades a la vida cristiana de la diócesis, como al resto de España. Los niños, con su instinto de imitación, merodeaban por las calles repitiendo lo que veían hacer a los mayores.

Pero las dificultades no detenían la actividad de san Enrique. Comenzó buscando colaboradores, especialmente entre los seminaristas, sobre los que tenía un gran ascendiente. A los pocos días había reunido unos 500 niños, que durante el curso llegaron a 800<sup>4</sup>. Estableció varios centros o secciones en varias parroquias de Tortosa y alrededores. El año siguiente ascendieron a doce. Él coordinaba los centros, formaba a los catequistas y atendía directamente al barrio más conflictivo, el de Pescadores. A sus métodos de enseñanza activa unía una piedad contagiosa y una bondad que le hacía ser muy amado de los niños. Dedicaba un especial cuidado a la

---

<sup>4</sup> E. de Ossó, "Guía práctica del catequista", en *Escritos de Enrique de Ossó*, v. III, 30.

preparación para los sacramentos de confesión y comunión, buscaba una formación para la vida cristiana no sólo de un modo teórico, sino sumamente práctico. Organizaba procesiones para los niños solos, fiestas al aire libre, romerías a santuarios marianos... Todo ello tenía el valor de mantener la actividad y fervor, de unir los distintos centros, con lo que niños y catequistas sentían la fuerza que da el hecho de ser muchos con el mismo ideal. Y esta muchedumbre de niños "enviaba" un mensaje cristiano a sus padres: "Por los niños a la conquista de los mayores", era la consigna de Enrique de Ossó.

Una de las alumnas que asistió a la catequesis dirigida por el Santo aporta este recuerdo de su infancia: "Conocí al Siervo de Dios desde que abrí los ojos a la luz hasta su muerte. La primera vez que recuerdo haber tratado con él fue durante el período de la revolución española... Fue con ocasión de inscribirme para una peregrinación organizada por él a la Virgen de la Providencia. La peregrinación estaba formada sólo por niños y niñas en número de más de 1.500, pertenecientes a Tortosa y a los suburbios y aldeas vecinas. En esta procesión cantábamos el rosario y otros cantos. Al pasar por las calles de Tortosa, los republicanos salían a las puertas y se asomaban a los balcones contemplando la peregrinación con satisfacción y placer, porque muchos hijos suyos se unieron a ella. Desde entonces, la revolución fue perdiendo terreno en Tortosa"<sup>5</sup>.

El apostolado catequístico de san Enrique no cesó durante su vida, aunque se ejerciera de un modo distinto según las épocas. Convencido de la influencia de la mujer en la familia y, a través de ella, en la transformación de la sociedad, creó una asociación de jóvenes, la Archicofradía Teresiana, que llegó a reunir en España 130.000 asociadas. Algo después, en 1876, viendo la necesidad de una educación cristiana que integrase la fe y la vida, fundó una Congregación religiosa femenina, la Compañía de Santa Teresa de Jesús, y en ella atendió cuidadosamente a la formación de las Hermanas para la enseñanza del Catecismo. Así lograba un efecto multiplicador. Pero nunca abandonó la acción directa con los niños en las clases y fuera de ellas. A petición de los mismos niños fundó el "Rebañito del Niño Jesús" — hoy "Amigos de Jesús" —, cuya finalidad, además de

---

<sup>5</sup> M<sup>a</sup> Cinta Aguilar, "Declaración en los procesos de beatificación", en *Sumario*, 319-320.

la asistencia al Catecismo, era la de orar cada día para conocer y amar más a Jesús y hacerle conocer y amar <sup>6</sup>.

## II. SITUACIÓN DE LA CATEQUESIS EN TIEMPOS DE SAN ENRIQUE

Al comenzar el siglo XIX, el pueblo español tenía una fe arraigada, con una vivencia sincera. Se recibían los sacramentos, aunque no con mucha frecuencia, se procuraba que los moribundos tuvieran los auxilios espirituales y se hacían ciertas prácticas religiosas que contribuían a alimentar la religiosidad popular. Sin embargo, esa fe no estaba suficientemente ilustrada para sacudir los ataques de las sacudidas antirreligiosas que pudieran venir.

En este siglo, la política, frecuentemente antirreligiosa, iba minando esa fe sencilla. La crisis religiosa comenzó en las clases altas e intelectuales, pero poco a poco fue llegando al pueblo, que experimentó su influencia demoledora. Las medidas contra la Iglesia fueron frecuentes: la expulsión de religiosos o su excomunión forzosa, la prohibición de recibir novicios, la desamortización de los bienes de la Iglesia, la privación de la asignación al clero y diversas medidas persecutorias explicaban la dificultad de dar a los sacerdotes una formación adecuada y dificultaban su misión. Por otra parte, proliferaban periódicos y panfletos antirreligiosos, que contribuían a la decadencia de costumbres.

La catequesis se practicaba según los modelos de los tiempos. Se enseñaban las verdades fundamentales de la fe, con bastante insistencia en los novísimos, se preparaba para los sacramentos, se explicaban los mandamientos y se daba una formación moral algo cerrada en ciertos aspectos... Aunque la catequesis era un tanto tradicional y rutinaria, ayudaba a una vida sinceramente cristiana. Las familias, las parroquias y escuelas católicas se preocupaban de la enseñanza del catecismo. En los centros oficiales, esa enseñanza dependía de la legislación de cada momento. No faltaban buenos catecismos. Se usaban los tradicionales de Astete y Ripalda y había también catecismos de consulta. Enrique de Ossó menciona los del Concilio de Trento, de Belarmino, Claret, Mazo, P.

---

<sup>6</sup> Cf. E. de Ossó, "Reglamento del rebañito del Niño Jesús", en *Escritos de Enrique de Ossó...*, I, p. 1242.

Planas, P. Parra, Leipzig, el Catecismo histórico, el de Perseverancia de Gaume y otros.

### III. LAS APORTACIONES CARACTERÍSTICAS DE SAN ENRIQUE A LA CATEQUESIS

En 1872, san Enrique, empeñado hacía dos años en la catequesis en Tortosa, decidió escribir un libro, una *Guía práctica del catequista*, que sirviera de orientación en su tarea a quienes trabajaban en la catequesis. Al final imprimió el Reglamento para sus Centros y otros pequeño Reglamento para los niños. Escribía desde su experiencia de estos años y comenzaba presentando al "catequista por excelencia", a quien debe imitar todo evangelizador: "Jesucristo, modelo perfecto del catequista, no vino al mundo para hacer grandes discursos oratorios, sino para catequizar en la más exacta y hermosa acepción de la palabra"<sup>7</sup>. En este trabajo se proponía el Santo ayudar a levantar sobre la piedra angular, que es Jesucristo, los fundamentos de la sociedad, a la que veía en una gran decadencia moral y religiosa. Estaba convencido de que la enseñanza del Catecismo a la niñez y juventud era lo que podía salvar al mundo. Por eso veía la necesidad de formar buenos catequistas y avivar el celo de los sacerdotes y seglares para que se emplearan en esta sublime tarea y, de un modo especial, comprometer en ella a quienes se preparaban para el sacerdocio: "Este solo deseo guía mi pluma: que Jesucristo sea conocido, amado y adorado de todos, porque en ello está la vida eterna; que el nombre de nuestro Padre que está en los cielos sea santificado" (pp. 74-75).

En la *Guía práctica del catequista*, reflejo de su acción en este campo, podemos encontrar expresadas las aportaciones de san Enrique a la acción catequística.

#### 1. *Importancia que concede a la catequesis*

Enrique de Ossó tenía pleno convencimiento de que "la catequística, especialmente empleada en los niños, es el medio más eficaz para civilizar y cristianizar a los pueblos... Ningún género de predicación le es comparable... El Catecismo es como esas lluvias menudas y suaves que, repeti-

---

<sup>7</sup> E. de Ossó, "Guía práctica del catequista", *o. c.*, 57.

das, se infiltran sin sentir aun en las tierras peor dispuestas" (p. 8). En el difícil ambiente de Tortosa había experimentado que los niños eran el auxiliar del sacerdote ante los adultos, pues a través de ellos llegaban las enseñanzas cristianas a sus padres.

## 2. *¿Cuál es el fin que se debe proponer el catequista?*

El catequista —afirmaba san Enrique— debe conocer muy claramente el fin que se propone: "Formar en el alma de los niños con toda perfección la imagen de Jesús. Vestirlos del hombre nuevo, como dice San Pablo. Que viva Jesús y muera el pecado en el alma de los niños" (pp. 138-139). Sólo serán buenos catequistas los que estén persuadidos de esta verdad.

En otra parte de su obra daba el consejo que consideraba más importante: "Sobre todo debe el catequista aplicarse a hacer amar y gustar a los niños qué bueno es Dios, qué alegre es servirle... Por cada palabra que les diga para hacerles temer la justicia de Dios, les dirá mil que les hagan adorar su grandeza, amar su bondad y bendecir sus misericordias. Conviene que los niños se acostumbren desde su infancia a mirar a Dios como a su padre lleno de bondad, para que desde la niñez le sirvan con amor y acudan a Él con la más ilimitada confianza, porque no hemos recibido espíritu de servidumbre o de temor, sino espíritu de amor con el cual clamamos: Padre, Padre... La causa por que no perseveramos en el servicio de Dios y no hallamos gusto en sus prácticas es el no mirar a Dios como a nuestro Padre, que vela de continuo sobre nosotros, nos ama desde la eternidad, nos socorre en todos los instantes de la vida y nos busca con infinito amor" (p. 86).

A este conocimiento y amor de Jesucristo, a esta ilimitada confianza en Dios, debe unirse el amor y devoción a la Virgen María. San Enrique enseñaba a los niños a invocarla con fiadamente y en muchas ocasiones los conducía a sus santuarios, en una animada romería, lo que constituía un día de gran fiesta para los niños.

## 3. *¿Cómo debe ser el catequista?*

Enrique de Ossó exigía mucho a quien desease entregarse a esta misión tan hermosa de catequizar. Afirmaba: "Si el fin del catequista es formar en el corazón de los niños la imagen perfecta de Jesús... es menester que esta imagen esté grabada en su propia alma. Entonces sus palabras tendrán

esta imagen esté grabada en su propia alma. Entonces sus palabras tendrán fuerza para hacer conocer y amar a quien él conoce y ama" (p. 188). Y añadía que el catequista que quisiera cumplir con su deber tenía que adquirir familiaridad con Jesucristo, acudir a Él, hablar de Él, esperar que fuera Él quien transformase el alma de los niños. Por ello, la confianza en Jesucristo debía ser su punto de apoyo (cf. p. 89).

La consigna que repetía con frecuencia: ¡Viva Jesús y muera el pecado!, era como el programa de su acción catequística: "Quisiera (y juzgo que es la parte más esencial del Catecismo) que todos los catequistas tomaran con decidido empeño enseñar y ayudar a sus alumnos a que se penetren bien de lo que dice esta pregunta: ¿Quién es Cristo Jesús? Es lo más desconsolador en nuestros días la falta de conocimiento y amor de Jesucristo... No crea haber hecho cosa de provecho hasta que vea en sí mismo y en sus encomendados un amor familiar, ardiente, sobre todas las cosas, a Jesús" (pp. 111-112).

#### 4. *Formación doctrinal*

Antes de enseñar —afirmaba el Santo— es preciso estudiar, aprender mucho y bien. El catequista tiene que poseer una instrucción sólida, ideas claras, seguras y exactas sobre lo que va a enseñar. Tiene que poner en el corazón de los niños los fundamentos del edificio espiritual, trazar los perfiles de la imagen de Cristo Jesús, y es necesario que esa imagen no sea falsa, que esos fundamentos sean verdaderos. Deben serle familiares las verdades que enseña y lo conseguirá con la meditación, reflexión y lectura de obras magistrales (cf. p. 95).

La catequesis requiere una cuidada preparación inmediata. El catequista tiene que aprender bien lo que debe enseñar para poder explicarlo de modo que puedan verlo con claridad los niños. Necesita leer con detención los mejores autores que traten el tema de su catequesis y buscar los medios para explicarlo al alcance de los niños (cf. p. 97).

#### 5. *Actuación en la catequesis*

En la *Guía práctica del catequista* dedica Enrique de Ossó varios capítulos al modo de enseñar con fruto a los niños las verdades de salvación: es necesario que el catequista agrade a sus oyentes. Y para lograr este resultado sus instrucciones tienen que ser breves, claras por su

exactitud y amenas. A la claridad de pensamiento debe unirse la claridad de dicción. Es necesario también el método en la explicación.

Al empezar una nueva instrucción, el catequista debe recapitular la del día anterior, uniéndola a lo que va a tratar. Anuncie después el asunto, dividiéndolo en puntos claros y precisos y asegurándose de que los niños lo han entendido. Conviene emplear el método sintético al exponer lo que se va a explicar, y analizarlo después de una manera sencilla, haciendo intervenir a los niños mediante preguntas adecuadas a su capacidad (p. 115).

Para amenizar la instrucción y hacerla más comprensible, el catequista ha de emplear comparaciones, símiles e historias, partir de lo que conocen los niños, como hacía Jesús al explicar las parábolas. Las historias tienen que ser verdaderas, sencillas y fácilmente comprensibles, con diálogos cortos, de modo que despierten la atención de los niños. En las enseñanzas acerca de la moral cristiana se necesita sumo cuidado de no falsear las conciencias con aplicaciones rígidas o relajadas (pp. 117-121).

Gran importancia concedía Enrique de Ossó al canto. No sólo era un medio de distensión en la catequesis, sino también servía para que las verdades quedasen mejor grabadas en los niños e incluso para que éstos, con sus cantos, purificasen el ambiente de Tortosa, donde en aquellos tiempos se oían por las calles tantas palabras injuriosas contra Dios y contra su Iglesia.

La catequesis es una tarea tan importante que el catequista tiene que pedir a Dios su espíritu de sabiduría, buscar con desinterés el bien de los niños y tener en cuenta que lo que más influirá en ellos y se grabará en sus corazones será la piedad y santidad que vean en él.

En el trato de los niños, el catequista debe imitar la conducta de los ángeles "inspirando más bien que reprimiendo, animando suavemente y no forzando, porque es un prodigio lo que vale para ganar los corazones el tratarlos cordialmente, con dulzura y amor..." (p. 87). Es necesario que pida al Señor que sus enseñanzas den fruto, porque nadie puede mover la voluntad humana sino Dios (pp. 145-147). Todo ello exige amor y sacrificio: si no lo tiene o no se esfuerza por alcanzar estas virtudes, que se retire, que no emprenda la obra de la doctrina cristiana, porque "no pueden promover los intereses de Jesús quienes no están animados de su espíritu" (p. 87).

San Enrique afirma que, si la ciencia puede hacer niños instruidos, a la piedad pertenece hacerlos virtuosos. Para formar en la vida cristiana se requiere algo más que la palabra humana. Los medios naturales no bastan para una obra sobrenatural, como es la santificación de las almas; se requiere la gracia de Dios, el único que tiene los corazones de los hombres en su mano y puede formarlos según su agrado. Esta gracia tan necesaria debe pedirse en una oración ferviente (p. 87).

El catequista debe realizar continuamente la aplicación de la vida y enseñanzas de Jesús a la propia vida de los niños, enseñarles a mirar y meditar la vida del Señor, contándoles lo que ha padecido por ellos para despertar el amor y el deseo de no ofender a quien tanto los ama. Tiene gran importancia que ayude a los niños a desarrollar el sentimiento interior de piedad, la oración, las buenas obras, la preparación para recibir los sacramentos, la imitación de Cristo. Es de suma importancia despertar en los niños una actitud filial con Dios y el deseo de cumplir sus deberes cristianos (p. 90). Un medio que debe utilizar también es darles a conocer directamente la palabra de Dios, explicándoles y haciéndoles aprender los textos del Evangelio de los domingos (p. 107).

### *7. Catequesis y vida sacramental*

Enrique de Ossó tuvo especial cuidado en la preparación para recibir los sacramentos de la reconciliación y comunión. Consideraba la confesión como el medio más eficaz para que los niños obtuvieran abundante gracia, purificaran su alma, evitaran el pecado y sus ocasiones y adquiriesen fortaleza para practicar el bien. Deseaba que los niños se acostumbrasen desde muy pequeños a recibir este sacramento, con sumo cuidado de que estas confesiones dejasen en ellos una experiencia positiva. Por eso pedía al catequista que cuidara mucho esa preparación, y a los sacerdotes que administraran el sacramento con mucho amor: "Revístase de las entrañas de misericordia de Jesucristo el que es vicario de su amor al confesar a los niños, con paciencia, cariño, preguntándoles con arte..." (pp. 113ss): de modo que salieran animados y contentos y deseosos de recibir el sacramento de nuevo.

Concedía a la Primera Comunión una importancia excepcional en la vida de los niños. "La salvación —escribe— depende en gran parte de la Primera Comunión. Es como el fundamento, el punto que fija la dirección del camino de la vida. Por esto nunca será excesivo el cuidado que el

del camino de la vida. Por esto nunca será excesivo el cuidado que el buen catequista se tome para preparar el corazón de los jóvenes a recibir sacramentalmente a su Señor (p. 164). Por eso pedía una instrucción conveniente y una intensa preparación espiritual, fomentando en ellos el deseo de recibir a Jesús y disponiéndolos con un retiro que muchas veces dirigía él mismo. Deseaba también que el acto revistiera gran solemnidad y dejara un recuerdo imborrable en los pequeños comulgantes.

#### IV. TESTIMONIOS SOBRE ENRIQUE DE OSSÓ, CATEQUISTA

Después de haber recorrido brevemente lo que san Enrique expone sobre algunos aspectos de la catequesis, puede interesar conocer lo que de él han dicho personas que le conocieron de un modo directo o a través de sus escritos.

D. Juan Bautista Manyá, testigo de la Causa de Beatificación y contemporáneo de san Enrique, afirma en los Procesos: "Respecto a la actividad catequística del Siervo de Dios afirmo que sus ideas pedagógicas sobre la catequesis son excelentes. Se dio cuenta perfectamente de que la base es suscitar el interés pedagógico de los alumnos: en esto le han dado la razón los grandes tratadistas de Pedagogía moderna. Siendo yo seminarista fui Prefecto de la sesión catequística de la Iglesia de Santiago y pude constatar el buen resultado de los métodos pedagógicos establecidos por el Siervo de Dios. En cuanto a su obra catequística, digo que reavivó y organizó el Catecismo, hasta entonces casi abandonado, dándose cuenta de la necesidad de la formación religiosa del pueblo, sobre todo por las ruinas causadas por la revolución de septiembre. Y el Siervo de Dios, con gran celo, atendió sobre todo a los puntos neurálgicos, es decir, a los niños y las jóvenes. Se dio cuenta de que la 'antirrevolución' o solución de los males causados por la revolución debía ser la recristianización del pueblo. En relación con esta actividad, Don Enrique se dio cuenta de la necesidad apostólica de anunciar el Evangelio y de reevangelizar todos aquellos lugares que habían perdido o estaban perdiendo la fe en Cristo" \*.

---

\* J. B. Manyá, "Declaración en los procesos de beatificación", 561.

siglo XIX: "Don Enrique de Ossó y Cervelló, gran catequista, fundador de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, entre cuyas obras figura la *Guía práctica del catequista* (1872). Es una obra notabilísima, la primera en España de pedagogía catequística"<sup>9</sup>.

#### V. VALORES QUE DEBEN SER RETOMADOS EN LA ACTUALIDAD

En la vida y enseñanzas de san Enrique de Ossó acerca de la catequesis hay actuaciones y afirmaciones que son de gran actualidad para la catequesis de todos los tiempos, ya que son valores perennes. Señalo algunos:

- La catequesis debe centrarse en Jesucristo, llevar al amor y a la imitación hasta la identificación con él.
- El aprendizaje de las verdades de la fe tiene que traducirse en una vida cristiana.
- El catequista debe vivir lo que enseña, ser testigo de lo que proclama.
- El catequista enseña en nombre de la Iglesia; por tanto, necesita tener una preparación doctrinal de acuerdo con el Magisterio.
- La transformación cristiana del niño es obra de la gracia y hay que pedirla en la oración. El catequista debe orar y enseñar a orar.
- Hay que formar para la vida sacramental como una de las exigencias importantísimas de la vida cristiana.
- La presentación del mensaje cristiano ha de hacerse de un modo comprensible. Por eso es necesario tener en cuenta las características y necesidades de los niños en cada época y cultura.

---

<sup>9</sup> B. Jiménez Duque, en R. García Villoslada (dir.), *Historia de la Iglesia en España* V (BAC Maior 20; Madrid, La Editorial Católica, 1979) 447.